

DIRECTOR DE LA SUCURSAL EN BARRANQUILLA

A comienzos de 1920 se decidió, de común acuerdo con el Consejo de Supervisión de Bremen, fundar una sucursal en la ciudad de Barranquilla y se me comunicó que yo debía hacerme cargo de su dirección. Thiel viajó a Barranquilla para inspeccionar un poco el lugar e instalar un local. Después de su regreso partí, en los primeros días de mayo, para la ciudad. En el camino tenía que cumplir con otro encargo más, consistente en inspeccionar una hacienda que estaba ubicada, más o menos intermedia, entre la ciudad de Calamar, junto al Magdalena, y Cartagena.

Primero viajé desde Calamar un trecho en el tren que iba a Cartagena. En la estación Arjona me bajé de él. Un encargado del dueño de la hacienda puso una mula a mi disposición para hacer el resto del viaje. Me recomendó recobrar fuerzas con un almuerzo abundante antes de partir, pues la comida en la hacienda sería probablemente muy escasa. Además sujetó, por si acaso, una hamaca en la montura. Me comentó que era nueva y limpia, pues era posible que no encontrara un buen lugar para dormir en la hacienda. Me describió el camino, en el que no podría perderme, porque en la región no había en realidad muchos caminos. No me podía proveer de un acompañante, pero la mula era muy buena.

Poco antes de mediodía partí. Primero me llevó el camino a través de las grandes plantaciones de azúcar de Sincerín. Esto era muy incómodo, en un trayecto muy largo, porque debía cabalgar sobre un terraplén levantado, tan estrecho, que las vías de un ferrocarril rural lo ocupaban casi en todo su ancho. Como había llovido mucho los senderos estaban empantanados y para mi pobre mula fue duro encontrar un paso entre el barro y los durmientes del tren de vía estrecha. Después que pasamos la plantación de azúcar hallamos el camino poco transitado y mucho mejor. Para esto tuvimos que cruzar varias corrientes de agua que eran bastante profundas. En una de estas mi mula perdió pie en medio de la corriente y empezó a nadar; a pesar de solo ser necesario hacerlo por unos metros, fue suficiente para empaparme hasta el cinturón, incluyendo mis alforjas y mi hamaca. Poco antes de oscurecer llegué a la vivienda de la hacienda, que no tenía aspecto de ser muy próspera.

Había llevado del dueño una carta para el administrador, en la cual se le indicaba, con mucha cortesía, recibirme y atenderme de la mejor manera posible. En lugar de ello, fui recibido con poca amabilidad y el administrador dijo que el dueño también hubiera podido mandar junto con la carta algo de dinero, entonces él hubiera podido ofrecerme una cena decente, pero apenas tenía nada para sí mismo. Le contesté que con gusto le pagaría por mi comida, a lo cual contestó que en ese caso yo debería haberla traído conmigo, pues en la solitaria finca tampoco se podía comprar algo. Al final lo convencí de que averiguara entre sus pocos empleados si tenían algunos comestibles para vender y por lo menos encontró algunos huevos. Estos, y bollos, fue todo lo que pude conseguir en ese día y medio que pasé en la hacienda. Los bollos son de maíz remojado y molido sobre piedras, con el que se rellenan las hojas de la mazorca y se hierven en la misma. Son más o menos lo mismo que los tamales centroamericanos.

Después de mi llegada traté de secar mis cosas, en primer lugar, lo cual fue muy difícil por la humedad del aire. Pasé una noche algo incómoda en mi hamaca húmeda. Me alegré cuando mi tarea en la hacienda terminó y pude continuar mi viaje a Barranquilla.

Cuando llegué a esta ciudad encontré un joven empleado nuevo del banco, que había sido contratado en Bremen. Se llamaba Hans Heinatz y era un muchacho espontáneo y agradable. Thiel le había encargado supervisar los trabajos de instalación del local para el banco y a pesar de su pobre español había hecho un buen trabajo.

Como una reacción contra la parálisis de la vida económica ocasionada por la guerra, había comenzado en aquel entonces en toda Colombia, pero especialmente en Barranquilla, el principal puerto del país, un gran auge comercial. Por lo tanto, fue muy difícil encontrar un local comercial adecuado para el banco, y lo que Thiel pudo alquilar había sido antes un depósito. Estaba, sí, muy bien ubicado, en la calle del Comercio. En lo demás era sumamente feo.

Además de Heinatz había sido contratado otro empleado alemán, Robert M. Remer. Este tenía varios años más que yo y había trabajado con éxito, antes de la guerra, como representante de empresas europeas en América Central y del Sur. Si recuerdo bien, su mejor representación había sido la de Martell, una empresa de coñac francesa. Durante la guerra había estado en cautiverio y había perdido todo lo que tenía. Era un trabajador incansable, inteligente y de extraordinaria fuerza física. Pero las tareas en el banco no le gustaban, como tampoco el exiguu sueldo que el banco le podía pagar, y cuando unos meses después la empresa A. Held abrió una ferretería en Barranquilla aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para acceder a un puesto directivo.



Robert M. Remer (con pistola), Adolf Held (sobrino del dueño de la empresa, con pistola) y Hans Sitarz, en Barranquilla

El 11 de junio de 1920 inauguramos los negocios de nuestra sucursal, que comenzaron en forma modesta pero bien. El interés que se nos brindó no era en nada comparable con el entusiasmo por nuestro banco que yo había encontrado en 1914 y 1915 en Manizales. Allí se habían esforzado para conseguir una sucursal, aquí éramos solo un banco entre una gran cantidad de otros bancos, y seguramente el más pequeño entre ellos.

La tarea que me encomendaron de reclutar clientes era un trabajo difícil y nada agradable. Los lugareños se nos mostraban esquivos por nuestra relación con los antioqueños, que gozaban de poca simpatía en la costa, y a su vez, los antioqueños miraban a los costeños con altivez. Las aún numerosas empresas alemanas, excepto la firma Strauss, se mostraban también totalmente desinteresadas en nosotros. El motivo principal era la envidia a la empresa A. Held, que aumentaba de manera notable, y el banco era considerado una creación de ella. Solo la Empresa Hanseática, bajo la dirección de los nuevos dueños, Wiese y Starck, nos adjudicó poco a poco una parte, aunque no muy grande, de sus negocios. Las empresas antioqueñas fueron las únicas que nos dieron, desde el primer día, su apoyo total y enérgico, gracias a nuestra habilidad en el negocio de las divisas, así como para realizar transferencias de dinero de las distintas localidades del país, que fue casi un monopolio nuestro durante muchos años, y no menos importante, por la esmerada atención brindada a la clientela. De esta manera nos posicionamos en un respetable lugar entre los bancos de la ciudad, a pesar de la frialdad que se nos hizo sentir al principio.

La vida privada en Barranquilla no me gustaba y con frecuencia sentía gran nostalgia por las condiciones de vida que me habían resultado tan agradables en Medellín. Al llegar a Barranquilla encontré todos los hoteles repletos y me tuve que contentar con una habitación poco atractiva en la pequeña pensión Carrillo, por la cual tuve que pagar, no obstante, el exorbitante precio para aquel entonces de siete pesos por día, incluyendo una comida muy regular. Esto excedía mis posibilidades, pues mi sueldo inicial en Barranquilla ascendía solo a doscientos pesos. Pero después de algunos días se me presentó la oportunidad de instalarme en una casa que había sido alquilada por una pequeña empresa alemana: Haase Hermanos, recién fundada. Allí tenía una habitación aireada y agradable, ubicada en la planta alta, que amoblé yo mismo de forma sencilla. La casa era llevada entre todos. Después de varios meses, unos solteros alemanes me hicieron la propuesta de instalarme con ellos en una casa con un jardín grande, perteneciente a la empresa A. Held. Acepté, a pesar de saber que esto tendría sus ventajas y desventajas. Ventajosa era la ubicación de la casa, más saludable y mucho más agradable, en una de las mejores zonas de la ciudad. Una desventaja era que mis nuevos compañeros de vivienda no llevaban precisamente un tren de vida muy ordenado. Desde el comienzo había puesto la condición de no tener que participar en sus actividades sociales y fiestas. Los gastos, ligeramente más elevados de la casa, eran ahora factibles para mí, porque mi sueldo había sido aumentado a trescientos pesos mensuales.

En los nueve años que habían transcurrido desde que vi a Barranquilla por primera vez, la ciudad se había transformado mucho y en algunos aspectos,

incluso, había mejorado. No solo era que en los barrios viejos se habían edificado muchos nuevos negocios y viviendas. Todo un barrio residencial nuevo estaba surgiendo en las lomas que dominaban la ciudad. Una empresa americana, Parrish, tuvo la idea de crear un barrio llamado El Prado, sobre una base totalmente moderna. En el año 1920 no se había hecho mucho más que trazar la disposición de las calles principales. En vista de la hermosa brisa, que casi siempre soplaba allá arriba, me había acostumbrado a hacer un paseo vespertino alrededor del Prado, pero al mismo tiempo había que tener cuidado de no pisar alguna serpiente. En ese momento aún había muchas, aunque las víboras que yo vi pertenecían aparentemente todas al tipo inofensivo. Al principio mis conocidos se reían de mí por mi “correría del Prado”, con el tiempo se agregaba con frecuencia el uno o el otro, y finalmente siempre estaba acompañado. Estos paseos eran la única actividad física que podía hacer en aquel entonces. No era suficiente y empecé a aumentar de peso. Extrañaba mucho mis excursiones y cabalgatas a las montañas en Medellín. En Barranquilla no había ningún buen caballo. En cambio aparecieron los primeros automóviles. Sin embargo, el principal medio de transporte de la población seguía siendo el burro.

La única alegría que me brindaba Barranquilla era la posibilidad de ir el domingo al mar. Desde mi llegada a Colombia el 19 de marzo de 1911 no lo había vuelto a ver y el primer viaje a Puerto Colombia fue, por eso, un gran placer para mí. Sin embargo, el alojamiento en la zona era demasiado modesto y nadar en el océano era bastante incómodo, porque la playa no se mantenía limpia y en el agua poco profunda se encontraban a menudo objetos de hierro y otras cosas duras llegadas de algún modo hasta allí.

Algunos meses después de mi llegada a Barranquilla, un exmaestro de obra alemán, Vay, inauguró el hotel Atlántico, en Puerto Colombia, con lo cual obtuvimos un hospedaje limpio. Mi banco había dado un crédito para terminar el hotel, que desde un principio dio ganancias porque cubría una demanda urgente. De ahí en adelante íbamos con más frecuencia durante el fin de semana al mar. Algunas veces hacía con unos conocidos caminatas a las montañas, que se extendían desde Puerto Colombia hacia el oeste, las cuales no tenían paisajes pintorescos, como aparentaban desde la costa. Un detalle desagradable era que el tipo de construcción del hotel les permitía a los ladrones acceder desde la calle a las habitaciones y robar a los huéspedes.

Por lo demás, siempre me fue difícil hacer en Barranquilla algo satisfactorio con mi tiempo libre. Por suerte no disponía de demasiado tiempo de ocio, pues el volumen creciente de los negocios exigía largas horas de trabajo. La mayoría de los extranjeros, que eran solteros como yo, pero también muchos casados, pasaban gran parte del tiempo libre con juegos de cartas y tragos.

En el Club Alemán, que en aquel entonces y por muchos años fue el centro de la vida social, se reunía cada noche después de la hora de cierre de los negocios, un número más o menos grande de comerciantes, jefes y empleados, que ocupaban el tiempo hasta la cena con juegos de dados y licor. Los jefes de las grandes empresas, por lo general, se sentaban juntos en una mesa determinada, que se denominó ‘mesa de los millonarios’. El nombre era una broma y no condecía en nada con las circunstancias reales, a pesar de que uno u otro de los asistentes a la mesa actuaba como si en realidad perteneciera a la clase en cuestión.

Para mí el club fue desagradable desde un principio, porque no había venido a Colombia a perder mi dinero y mi salud en la bebida. Todo ese ambiente no me gustaba. En una de mis primeras visitas caí en manos de dos influyentes señores que me dieron un discurso sobre sus ideas del club y la etiqueta social. Les respondí que ese tipo de cosas me interesaban poco. Estaba acostumbrado a seguir siempre mi propio camino. Después de eso me mantuve lejos del club, hasta que unos meses después me hice socio, respondiendo a la insistencia, en especial, de los señores Strauss, Wiese y Starck, aunque hice hincapié en que solo lo hacía para no excluirme.

Mi rechazo al club no disminuyó por el hecho de que justamente el grupo que daba la nota era el que había adoptado la actitud más negativa con respecto a mi banco. Sentí que si esos señores no lo necesitaban, yo necesitaba aun mucho menos de su club. Por supuesto, mi actitud fue motivo de crítica, y aún más por haber aconsejado a Heinatz y a otros empleados alemanes, que posteriormente llegaron, a no hacerse socios del club. En particular, condenaba la mala costumbre de que socios más antiguos con ingresos importantes se complacían en atraer un empleado joven a su mesa y lo invitaban a participar en el juego de dados por el pago de las bebidas. Especialmente malvada era la costumbre allí de ‘sobresalir’. Eso implicaba que los perdedores tenían que decidir entre ellos, mediante el juego, quién debía pagar toda la cuenta. Como sucedía con frecuencia, si había seis o más personas sentadas en la mesa y se daba que habían tomado doce o más vueltas, un joven empleado con mala suerte podía perder en el juego todo su sueldo mensual. ¡Ciertos socios antiguos del club, que consideraban esta mala costumbre como una respetable tradición, hablaban del banco, es decir de mí, como un nuevo elemento perturbador!

Encontré pocos amigos personales en Barranquilla. Simpatizaba con Remer, aunque nuestros caracteres eran demasiado distintos como para que tuviéramos muchos intereses en común. Mantenía una relación más o menos amistosa con una serie de alemanes de mi edad, sin que se convirtiera en algo más estrecho. Solo con Otto Kemmler, que ya había conocido superficialmente años atrás en Medellín, y con Carl Starck, socio de la Empresa

Hanseática, mantenía una amistad más estrecha, no obstante que los dos eran muy distintos de mí. Starck era en realidad nada más que un buen tipo que se había ganado su puesto de socio a través de largos años de confiabilidad y fiel cumplimiento del trabajo sentado en su escritorio. Era una persona sencilla, modesta en sus pretensiones y sin mucha educación, con frecuencia era el blanco de las burlas de otros. Por alguna razón, los conocidos lo llamaban siempre ‘Krischan’ Starck. Era de contextura pequeña y poco atractivo. Kemmler era, en muchos aspectos, la antítesis de Starck. Era alto, bien parecido, culto y extraordinariamente diestro en el trato social. En todo momento era el favorito del mundo femenino. Siempre era un caballero, no solo con las damas cultas, sino también con jóvenes y mujeres sencillas. Su vitalidad era admirable, pues podía, al mismo tiempo, trabajar intensamente durante el día y festejar las noches enteras. El período en el cual fue presidente del Club Alemán representó un auge en las fiestas celebradas en el lugar. Durante un tiempo Kemmler residió con nosotros en la cabaña⁶. Luego se hizo cargo de la administración de una fábrica de limpieza de algodón en Sitionuevo, ubicada más arriba de Barranquilla, junto al Magdalena, donde lo visité con algunos otros conocidos un par de veces durante el fin de semana. Como no tenía suficientes camas y en realidad vivía allá de modo extremadamente austero, los visitantes dormíamos en rollos de algodón. Tenía en el lugar un hermoso bote a remo, no una canoa, con el cual hicimos con frecuencia viajes hasta Remolino, un pueblo ubicado más arriba de Sitionuevo. El viaje contra la corriente era, incluso con el bote bien construido, una hazaña. Tanto más lindo era el regreso, casi sin esfuerzo. De premio siempre se repartían unos jarros de cerveza de un barril que traíamos todas las veces, con ese fin, desde Barranquilla. Una vez acompañamos la cerveza con muchos mangos congelados, sin tener que pagar por nuestro descuido. Desafortunadamente Kemmler fue engañado por otros, a los logros conquistados con su trabajo arduo y su exitosa actividad en Sitionuevo. La culpa era de otros.

A mediados de 1920 llegó mi hermano Franz de Guatemala para asumir el puesto en Schütte, Bünemann & Co., en Medellín. Lo recibí en Puerto Colombia al llegar en el barco a vapor. Esa misma noche tuve la sensación de que bien podría haberlo dejado en Guatemala, ya que solo tenía comentarios despectivos. Apenas catorce días después de su llegada a Medellín me escribió que hubiera preferido quedarse en Guatemala si hubiera sabido qué poco atractiva era Colombia. Todo eso era una tontería, y no sé por qué siempre me escribía, justamente a mí, de esa forma. ¡Quizás, porque no quería deberme ningún favor! En realidad le iba muy bien en su nuevo trabajo. No solo recibía

⁶ Referencia a la mencionada vivienda en común con algunos solteros alemanes.

un trato excelente, sino que en siete u ocho años reunió una fortuna mayor a treinta y cinco mil pesos.

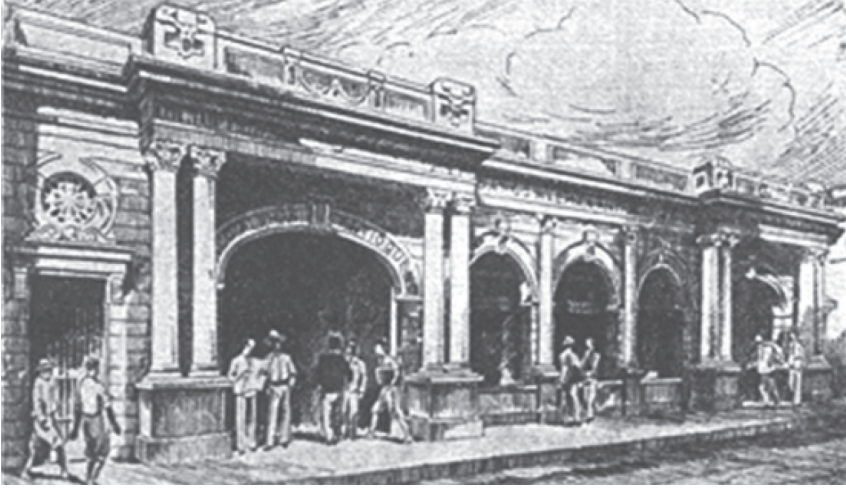


Hidroavión Bogotá, de la Scadta

También a mediados de 1920 fue fundada en Barranquilla la Scadta, primera sociedad de transporte aéreo no solo de Colombia, sino de toda América del Sur. Con dos hidroaviones Junker de un motor y cinco asientos, se implementó una línea de transporte semanal entre Barranquilla y Girardot. Antes de iniciar el servicio regular fui invitado por los dos pilotos, Hammer y Von Krohn, a realizar con ellos un vuelo de prueba. Solo volamos hasta la desembocadura del Magdalena y luego regresamos. Fue mi primer vuelo. Me embargó una sensación extraña cuando el avión, después de haber tomado impulso sobre el agua, se levantó con una sacudida y en el transcurso de unos segundos se elevó por encima del río. Después de unos comienzos muy difíciles la Scadta adquiriría gran importancia para el desarrollo de Colombia. De los muchos pilotos que conocí con el tiempo, Von Krohn fue para mí el de mayor simpatía. Bajo cualquier circunstancia era un caballero. Por desgracia perdió la vida unos años después en un accidente aéreo, sobrevolando Barranquilla.

Desde agosto de 1920 se hizo evidente una grave crisis económica que puso a mi pequeña sucursal, apenas equipada con exiguos recursos de capital, en una situación peligrosa. Gracias a la ayuda de los antioqueños y la Lotería de Bolívar, dirigida por Strauss, superamos este pésimo período

sin pérdida de prestigio, de otro modo quizá nunca se hubiera podido remediar. A comienzos de 1921 se produjo un cambio, con el cual se inició un período de desarrollo rápido y favorable para nuestra sucursal.



Banco Alemán Antioqueño, Barranquilla

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin página.

Desde fines de 1920 me había instalado en una pequeña casa propia, en la calle Obando. La vida en la cabaña me resultaba demasiado desordenada y se había convertido para mí en muy insatisfactoria. No había noche sin una reunión bulliciosa, y aunque no estaba obligado a asistir a ella, por el alboroto reinante en la casa se me hacía imposible leer o dormir. Ahorré dinero con el cambio, a pesar de que el alquiler era más caro que el anterior: ochenta pesos contra los anteriores veinte pesos mensuales, pero esto se compensaba ampliamente con el menor gasto en bebidas alcohólicas. En ciertas ocasiones ascendía el costo de estas a un monto mayor al correspondiente de los comestibles. De alguna manera se había instalado la costumbre de preparar cocteles de huevo, y durante bastante tiempo se usaban a diario treinta huevos para esto, o por lo menos era anotado así por la cocinera. Para nuestro perjuicio, nos habíamos ganado la fama de ser anfitriones en extremo generosos y de tener siempre la puerta abierta a las visitas. Sucedió a veces que salíamos por las tardes o los domingos y encontrábamos al regresar un papel, en el cual conocidos que nos habían querido visitar expresaban su agradecimiento

algo cínico por la hospitalidad disfrutada. ¡Vasos y botellas vacíos y ceniceros llenos hablaban a voces de lo que había pasado! A menudo desaparecía de un día para otro el contenido de un cajón de cerveza o de un jarro de barro gigantesco con el excelente y viejo *Banco-Ron*, que en ese tiempo aún existía. Este desorden en el modo de vivir hacía imposible encontrar un buen personal doméstico o si lo habíamos encontrado, mantenerlo de forma adecuada. Había frecuentes cambios y ruidosos despidos si, una vez más, se encontraba un empleado o una empleada haciendo algo deshonesto. Lo único que me llevé de la *cabaña* fue una perra de gran tamaño, llamada Fortuna. Tenía buen aspecto y cuidaba la casa simplemente con la impresión que causaba su estampa, pero en realidad era, como la mayoría de los perros en el trópico, bastante cobarde. Sentí la vida tranquila en mi nueva casa como un verdadero alivio en comparación con la anterior. La cocinera que había encontrado era buena y confiable, y como yo respetaba horarios regulares, tenía una mejor alimentación que antes.

En lo que respecta a lo demás, siempre consideré mi estadía en Barranquilla como pasajera, y dudo que me hubiera quedado en el banco si hubiera tenido que estar allí todo el tiempo. Los locales y su forma de vida me gustaban aún menos que los de Bogotá. Las numerosas fiestas que se celebraban en la ciudad, así como los bailes con muchísimo alcohol, no me interesaban. Por la insistencia de unos conocidos, los había acompañado para ver cómo eran. Como yo no bailaba, fui asediado de forma enérgica por unas damas ya no tan jóvenes, que eran el patito feo de la fiesta, de las que solo pude liberarme con dificultad. Por tanto, preferí mantenerme alejado de esos eventos. Una vez al año, durante el carnaval, se festejaba y bailaba tres días y tres noches casi sin interrupción. Los negocios estaban más o menos paralizados durante ese período. Si bien recuerdo, en esos días tampoco partía ningún barco a vapor de Barranquilla. Mientras los círculos sociales se divertían en los clubes o en sus casas, el pueblo festejaba al aire libre y se bailaba casi siempre la cumbia, un baile que aparentemente procedía de África.

La música para este baile fue hecha originalmente solo por tres instrumentos primitivos, un tambor, una flauta y dos nueces de coco vaciadas o frutos del árbol de totumo. Estos últimos contenían, cada uno, un manojo de pequeñas piedras y tenían unos tallos cortos, con los que eran movidos en forma rítmica. El baile era una especie de pantomima que representaba en apariencia algo parecido al baile del pavo alrededor de su pava. El bailarín se movía en círculos con muchos giros alrededor de la bailarina, moviendo sus brazos como las alas de un pájaro. La bailarina se quedaba casi en el mismo lugar y solo giraba sobre sí, casi sin levantar los pies del suelo. En la mano

derecha levantada sostenía un manojo de velas encendidas. Siempre retrocedía ante su pareja. Los dos no se tocaban durante el baile. En las noches casi siempre despejadas de esa época se oía la música monótona de la cumbia a gran distancia y a menudo recién terminaba con las primeras horas de la mañana.